

tú más que los otros?"—"Haré lo que quieras."—"Pues bien, lávame enteramente, porque es tal mi olor, que a mí propio no puedo sufrirme."—Francisco mandó a toda prisa cocer agua con olorosas hierbas: desnudó al enfermo y comenzó a lavarle con sus manos, mientras otro fraile daba el agua; y donde Francisco tocaba con sus santas manos, desaparecía la lepra y quedaba sana la carne.—"Entonces.—prosigue el anónimo poeta de las *Floreциllas*,—el alma se limpió también del pecado, y aquel hombre se deshizo en llanto: quince días practicó penitencia, y al cabo de ellos expiró. Estaba Francisco en oración en una selva, cuando el espíritu redimido se acercó a él.—"¿Quién eres?"—interrogó Francisco.—"Soy el leproso a quien Cristo bendito sanó por tus méritos, y voy a la vida eterna" (20).

Llegaron a ser para Francisco objeto de tal predilección los leprosos, que sólo puede compararse su ternura a la que las madres prodigan a sus hijos si los ven sufrir. Vigilaba constantemente a los frailes, porque no careciesen los gafos de nada. Le ocurrió encargar a un santo fraile, Jacobo el *Simple* de Perusa, el cuidado de un leproso más plagado y cubierto de infección que los restantes; y el fraile, cuya caridad para con los leprosos era proverbial (21), no sólo cumplió a maravilla el encargo, sino que, con ánimo de proporcionar al enfermo ambiente más puro, le trasladó a Santa María de los Angeles.—"Hermano Jacobo,—advirtió Francisco,—has obrado mal: debemos servir en el hospital a los leprosos, mas no traerles aquí: hay gente que no puede soportar su vista."—Sintió el leproso la reprensión a su enfermero, y notándolo Francisco, le pesó tanto de lo dicho, que se impuso la penitencia de comer a la puerta del convento aquel día en la propia escudilla del gafo. "Amemos a los leprosos,—solía repetir.—son los *hermanos cristianos* por excelencia."

Volvamos a encontrar a Francisco en Gubio, cuando, recibida de limosna la vestidura eremítica, andaba solo por las leproserías, implorando la gracia de hacerse siervo de la lepra. Algún tiempo perseveró en esta vida; pero en su corazón resonaba sin tregua la sobrehumana voz que en San Damián le había ordenado reparar el ruinoso templo. Interpretando el mandato en sentido literal, imaginaba Francisco que lo que exigía reparación era el mismo edificio de San Damián, agrietado ya y vetusto. Con estos pensamientos tomó la vuelta de Asís. Entró en la ciudad en que era tenido por insensato, sin disponer de un maravedí, ni de un hombre para realizar su empresa; y no obstante, sabía que era preciso restaurar a San Damián, y que lo haría. Vista la carencia de medios, acudió a la simplicidad evangélica, y recorriendo la ciudad de Asís, llamaba a las puertas, gritando:—"De parte de Dios, el que me dé una piedra, recibirá una merced; el que me dé dos, recibirá dos; el que me dé tres, recibirá tres."—Algún vecino soltaba burlona risa; pero el corazón del pueblo se abre fácilmente a la generosidad. Aquí recogía Francisco una tabla, allí un sillar, más lejos un poco de argamasa; el albañil le regalaba media jornada de la labor; el carpintero, por limosna, clavaba un puñado de clavos; Francisco ayudaba a todo, empleando su cuerpo fino y sus manos adamadas en acarrear ladrillo, cal y canto para los muros; en suma, San Damián se halló pronto, más que reparado, reedificado. El padre de Francisco se enfurecía; se enconaban las llagas de su vanidad al ver otra vez en Asís a su primogénito ejerciendo oficios humildes, llevando al hombre la espuerta o manejando la llana del albañil. De suerte que cuando Pedro Bernardone, cruzando por la calle, acertaba a encontrar a Francisco, doblegado bajo el peso de la carga, se desataba su lengua, y cubría al hijo de maldiciones. Y Francisco, que ha-

bía renunciado a todos los bienes y glorias de la tierra; Francisco, que no era dueño ni de la hopa que llevaba vestida, no pudo, sin embargo, avenirse a caer de la paternal bendición, y llamando a un viejo pordiosero que vagaba por Asís, le dijo:—"Ven, te daré la mitad de mi comida desde hoy; me servirás de padre natural, y cada vez que mi padre me maldiga, yo te diré: *Bendíceme, padre mío*: y harás la señal de la cruz, y me bendecirás."—Así se verificó en lo sucesivo, y la prometida de Francisco, la Pobreza, dió a su amador el primer consuelo. Los mozos de Asís, antiguos compañeros de Francisco, le miraban con asombro o con desdén; su hermano menor, Angel, encontrándole una cruda mañana de invierno arrodillado en oración y transido de frío, enseñando las amoratadas carnes por los desgarrones de su túnica, azuzó a uno de sus amigos.—"Pregunta a Francisco, le dijo, si quiere feriamos un escudo de su sudor."—"Lo venderé muy caro a Dios", respondió Francisco en lengua francesa.

Mientras Francisco penetraba en las chozas, en las casas de los pudientes, y hasta en los garitos, pidiendo limosna para su amado templo de San Damián, Pedro, el clérigo encargado de éste, movido de compasión, aderezaba la comida del mancebo. Un día Francisco cayó en la cuenta de que aquellos manjares eran debidos a la solicitud de Pedro, y tomando una escudilla, imploró el sustento de la caridad pública. A medio día se sentó a comer lo obtenido mendigando, y al mirar las revueltas piltrafas, sintió repugnancia profunda. Pero al acercar a sus labios la bazofia, la halló dulce como la miel.—"No me prepares ya el alimento—dijo a Pedro.—porque has de saber que tengo cocinero que sazona a todo mi gusto."—La escudilla fué desde aquella fecha su despensa y su plato. Entre tanto adelantaba la fábrica de San Damián.—"Trabajemos, hijos—repetía Fran-

cisco a los obreros.—Este lugar servirá mañana de asilo a pobres mujeres de santa vida, que glorificarán al celeste Padre" (22).

Después de la ermita de San Damián, reparó Francisco con infatigable ardor las de San Pedro y Santa María de los Angeles. La ermita de San Pedro atrajo a Francisco por hallarse bajo la advocación de la *pedra* angular de la Iglesia. Santa María de los Angeles era la capillita sobre la cual, en la serena noche del nacimiento de Francisco, se escucharon cánticos. Abierta a la intemperie, crecía el jaramago entre sus cuarteados muros, y los pastores recogían sus ganados en el recinto. Aquel lugar, caro a Francisco, fué más tarde venerado del mundo entero bajo el título de *Porciúncula* (Porcioncilla), nombre debido a la pequeñez del terreno en que se hallaba fundada. Sobre aquel campillo, propiedad de monjes benedictinos, y en torno del santuario que Francisco amó, debía alzarse, andando el tiempo, magnífica basílica, diseñada por Vignola y ejecutada por Galeazzo Alesi y Julio Danti. Francisco sólo reparó la sencilla fábrica de toscas paredes, cuna de la Orden. Por entonces un hombre, que llegó después a ser compañero de Francisco, soñó misterioso sueño. Le pareció que muchos ciegos andaban dando vueltas alrededor de la ermita de Santa María de los Angeles, pidiendo a Dios, levantadas las manos, que curase su ceguera. Y al formular ellos esta plegaria, descendieron sobre la Porciúncula olas de luz, encendidos resplandores, y los ciegos abrieron los ojos y cantaron himnos, porque ya veían.

Cuando Francisco hubo dado cima a la reconstrucción de las tres iglesias, entró en un período de contemplativo descanso, bien como si impulso involuntario le forzase a detenerse en la cifra tres, número de las gloriosas Ordenes que le veneran por fundador. En la vida de Francisco, tan simbólica y

representativa, abundan las figuras: así lo expresa un versículo de su Oficio, diciendo: *Sub typo trium Ordinum, tres, nutu Dei prævio, ecclesias erexit.*

Atraíale la Porciúncula, de donde no acertaba a apartarse. Vistió otra vez de lino y seda los desnudos altares; hizo arder cirios ante las efigies, y quiso ver elevarse la hostia en la capillita ayer profanada. Lo consiguió; y al atender al oficio divino, hirieron sus oídos, cual si por primera vez las escuchase, estas palabras del Evangelio: "No queráis poseer oro, ni plata, ni dinero en vuestra bolsa; no llevéis alforja, ni dos túnicas, ni sandalia, ni báculo" (23).

Francisco se incorporó haciendo extremos de júbilo, como prisionero a quien anuncian la suspirada libertad. "He aquí lo que busco, exclamó: he aquí lo que anhelo con el alma toda" (23).—Y descalzándose, arrojando bastón, cinturón y bolsa, tomó una túnica cenicienta, se ciñó al talle áspera cuerda de cáñamo con nudos (25). Desde aquel momento nació en su espíritu la Orden franciscana. Afirma la crónica de los *Tres Compañeros o Socios*, que el día en que Francisco recibió el evangélico mandato, se cerró en silencio perpetuo el precursor desconocido que iba por las calles de Asís gritando: *Pax y bien.*

Brotaba así la Orden admirable, que por sí sola es bastante para embalsamar con aroma de poesía los siglos medios. Brotaba como brota la creación del artista, como surge el poema, la sinfonía, el lienzo; maduros por largo tiempo en lo más íntimo de la humana conciencia, presentidos y acariciados como el ideal, pero revelados súbitamente al rayo claro y divino de la inspiración. No precede a las obras más hermosas del genio reflexivo y deliberado propósito, sino tendencia de todas las facultades hacia un objeto no definido aún, que presto se destacará radiante sobre las nieblas del presentimiento.

Años hacía que Francisco, interrogado por sus

alegres amigos entre el bullicio de una francachela, había respondido afirmando que era su sueño tomar esposa, tan bella y principal, que en el mundo no pudiese otra alguna comparársele: y esta novia, esta doncella sin par, a quien llamaba el amante en su amorosa languidez, estuvo velada hasta que Francisco oyó la frase del Evangelio. Aparecióse entonces embelesadora, aunque macilenta y humilde, la mística desposada, la virgen Pobreza. Así la trazó el gran novador de la pintura italiana, Giotto, en su hermoso fresco de la bóveda de la iglesia baja de Asís.

Es allí la Pobreza doncella de beldad celeste: ciñe su frente guirnalda de rosas, mas sus galas nupciales son harapos: a sus pies no se tiende tapiz de seda, sino guijas, abrojos y zarzales. Un avieso can abre sus fauces para ladrar contra la Esposa; dos niños despiadados le arrojan piedras; pero ella mira con inefable gozo a Francisco, que la ciñe al dedo anillo de alianza. Cristo junta las manos de los enamorados y preside las bodas: el Padre, entre nubes, asistido de angélicas milicias, presencia el misterio de amor.

Larga fecundidad estaba prometida al himeneo de Francisco. No bien hubo estrechado contra su corazón a la dama de sus caballerescos pensamientos, comenzó a brotar y cercarle, como a la oliva sus retoños, espiritual posteridad, que presto había de multiplicarse por los ámbitos de la tierra. Bernardo de Quintaval, Pedro Catáneo, Egidio o Gil, fueron los tres primeros que atraídos al foco de amor, abrazaron con Francisco la Cruz y su locura.

NOTAS

(1) Cuando la casa en que nació San Francisco fué transformada en convento, el cuarto en que le encerró su padre se conservó con el nombre de *prisión de San Francisco*.

(2) En los primeros momentos Pica intentó quebrantar la resolución de Francisco, temerosa de las violencias del padre: en breve se convenció de la firmeza del propósito de su hijo, y acariciándole, le soltó.

(3) Los jueces de Asís respetaron a su vez la inmunidad de Francisco, considerándole propuesto ya al servicio de Dios.

(4) *Usque nunc vocavi te patrem in terris, amodo autem secure dicere possum: Pater noster, qui es in caelis, apud quem omnem thesaurum reposui et omnem spem fiducia collocavi.*

(5) La historia pagó tan modesto donativo conservando el nombre del dador, que era Jacome Spada, de la familia de los Spadalunga.

(6) He aquí la sinonimia de la lepra: *Tsarath*, de los hebreos; *Baras*, *bohak* y *assad*, de los árabes; *Carin*, *Kustam* y *Kust'ha*, del Indostán; *Radesyge*, de Noruega; *Skyrbuigur*, de Islandia; *Mafung*, de los chinos; *Morfea*, del Brasil; *Mal rojo*, de Cayena; *Elephantia*, *leontiasis*, *elephantiasis tuberculata* et *anaisthetos*, *satyriasis*. (Scheder y Cazenave, *Maladies de la peau*).

(7) *Habent Hospitalarii novem decem millia maneriorum in christianitate.* (Mateo Paris).

(8) Hoy se desconoce igualmente la causa determinante de la lepra. Se observa, sí, que los climas extremos, la cercanía del Polo y del Ecuador influyen en la aparición de la lepra; pero el hecho de que en la Edad Media reinase también en nuestra zona templada, prueba que ni el mucho calor ni el frío la originan exclusivamente.

(9) Es dudoso que la lepra sea contagiosa en el verdadero sentido de la palabra, es decir, que se comunique inmediatamente por el contacto. Refiérese, sin embargo, que Santa Catalina de Sena quedó cubierta de lepra por haber cuidado y amortajado a una leprosa. Lo que no puede negarse es que en ciertas condiciones hay riesgo de contraerla: los europeos la adquieren en Asia, en nuestros días, con facilidad. Sea o no contagiosa la lepra, es lo cierto que las severas medidas sanitarias de la Edad Media la fueron extirpando en términos que a fines del siglo XVI ya se hallaba casi totalmente extinguida, no ingresando en las leproserías verdaderos gafos.

(10) *Qui quasi flos egreditur et conteritur.*

(11) *Putredini dixi: Pater meus es, mater mea, soror mea, vermibus.*

(12) Es tal, en efecto, la fuerza destructora de la lepra, que suele hallarse la médula de los huesos de los leprosos convertida en una masa esponjosa. La lepra no es mal que ataque a una parte del organismo, sino descomposición de todo él.

(13) *Et nos putavimus eum quasi leprosum percussum a Deo et humiliatum.* (Isaías, LIII.)

(14) Cuando San Francisco vió la repentina desaparición del leproso hallado en la vega de Asís, creyó, desde luego, que era Jesús bajo aquella figura. En la leyenda de Juliano, el leproso a quien éste acuesta en su lecho para

curarle, se levanta resplandeciente de belleza declarando ser Jesucristo. (Cantú, *Hist. Univ.*)—El leproso horrible con quien Santa Isabel de Hungría practicó el mismo acto de caridad, abrigándole en su propio tálamo, se halló convertido, al llegar el esposo de la Santa, en una imagen de Cristo crucificado. En nuestro Romancero del Cid se refiere cómo yendo el héroe castellano en peregrinación a Santiago de Compostela,

.....
allá en medio del camino
un gafo se aparecía
metido en un tremedal
que salir dél no podía.
.....

Bajándose Rodrigo del caballo, le ayudó a levantarse, le llevó a su posada, dióle de cenar, y lo acostó en su propio lecho. A media noche despertó Rodrigo, y hallando vacía la cama, miró espantado en derredor;

.....
mas un hombre a él venía,
vestido de paños blancos,
desta manera decía:
¿Duermes o velas, Rodrigo?
No duermo, le respondía:
¿Pero dime, quién tú eres,
que tanto resplandecías?
San Lázaro soy, Rodrigo,
que yo a fablarte venía;
yo soy el gafo que tú
por Dios tanto bien facías.
Rodrigo, Dios bien te quiere
y otorgado te tenía
que lo que tú comenzares
en lides o en otra vía,
lo cumplirás a tu honra
y crecerás cada día.
.....

En diciendo estas palabras
luego desaparecía;
levantóse don Rodrigo
y de hinojos se ponía.
.....

(15) Tratóse esta cuestión en los concilios de Lavaur, de Letrán, de Worms.

(16) “Hermano, esta separación no es más que corporal: en cuanto a lo principal, que es el espíritu, serás lo que has sido siempre, y tendrás porción y parte en todas las oraciones de nuestra santa Madre Iglesia, como si personalmente asistieras todos los días con los demás al servicio divino.” (Chavin de Malan. De un ritual de Reims, publicado en 1585.)

(17) No alcanzó la acción de la Iglesia y de los Monarcas a impedir que muchos infortunados pereciesen en hogueras, o al filo de la espada. A fines del siglo XIV, en el terrible degüello de judíos que hizo el pueblo sublevado, fueron envueltos los leprosos. “El rey Don Juan—dice Lafuente, *Historia de España*—hizo los mayores esfuerzos para poner término a aquella matanza, y mandó restituir a los judíos bautizados los bienes de que se les había despojado.” En Francia, Luis *el Largo* puso asimismo coto al suplicio de los leprosos, acusados por el vulgo de envenenar las fuentes. En Guiena se formaron hordas de fanáticos, que se nombraban *Pastorcillos*, reclutados en las clases más ínfimas de la sociedad, que se dedicaban a asesinar y saquear hebreos y leprosos, y fué difícil al poder civil concluir con aquellas bandadas que sembraban desolación. Una raza proscrita, llamada de los *Cagots* o *Santurrones*, que todavía hoy existe en el país Vasco y en los Pirineos, fué igualmente blanco de la persecución del vulgo. Sobre esta raza, cuyo origen se ignora, pero que en ningún concepto es inferior, pesaba tal anatema, que la mayor infamia para una familia del país fuera mezclarse con individuos de la aborrecida estirpe. No ha mucho, al ir uno de estos *santurrones* a mojar los dedos en la pila del agua bendita, un mozo del

país le segó la mano de un hachazo. Cuando tan vivas se mostraban las preocupaciones, ¿quién duda que el tribunal de la Inquisición salvó a razas enteras del exterminio, rescatando con algunas condenas la vida de innumerables desdichados?

(18) Son muy frecuentes estos ejemplos en la Edad Media. Enrique III de Inglaterra solía asimismo visitar los hospitales.

(19) "Suspiros, llantos y altos ayes, idiomas diversos, hablas horribles, palabras de dolor, acentos de ira, altas y huecas voces..." (*Inferno*, Canto III.)

(20) *Fioretti*, XXV.

(21) Según Wadingo, daban a Jacobo *el Simple* los dictados de *Médico* y *Ecónomo* de los leprosos.

(22) Allí tuvo, en efecto, principio la Orden de las Clarisas, llamadas también Minoritas, Damianitas o Señoras pobres.

(23) Créese, generalmente, que el día en que San Francisco oyó leer estas palabras del Evangelio, fué el 24 de Febrero de 1209, fecha que puede reputarse por la del nacimiento de la Orden. En lo que andaban discordes los pareceres, es acerca del Santo cuyo oficio se celebraba en tal día. Sienten algunos cronistas que fuese el del evangelista San Lucas; otros, la feria quinta de la octava de Pentecostés, y en tal caso no pudo suceder en Febrero el hecho.—Otros, en fin, el del apóstol San Matías, cuya festividad corresponde efectivamente al 24 de Febrero.

(24) *Hoc, inquit, est quod cupio totis viribus adimplere.*

(25) El color del hábito significaba la ceniza de la tumba; la cuerda, las ligaduras del pecado; la descalcez, desahucio del mundo. El nuevo traje adoptado por

Francisco, separa su vida de ermitaño de su vida de fraile. La túnica dada por Jacobo Spadalinga en Gubio, era corta y sujeta con correa de cuero basto, según la usanza de los villanos y gentecilla de aquel tiempo. Con este traje vivió San Francisco obra de dos años, que se llaman período eremítico, atendiendo a la contemplación, soledad y vida ejemplar que hizo en ellos; mas no porque estuviese sujeto a morar en ermita alguna, ni porque se hubiese afiliado a congregación o regla eremítica. Un autor muy posterior a San Francisco supuso que fué el Santo aquellos años religioso ermitaño de San Agustín; pero en ninguno de los numerosos coetáneos de San Francisco, que acerca de él han escrito tan por menudo, se ve nada que lo confirme. Mal se avendría con las aspiraciones que se agitaban en el espíritu de San Francisco el ingreso en ninguna de las Ordenes ya fundadas, cuando precisamente latía en él la idea de algo nuevo, el presentimiento de una revelación. En cuanto a la forma y materia del traje adoptado por Francisco al nacer la Orden, era túnica cerrada talar, larga hasta el empeine del pie; capilla que caía sobre la espalda, parecida a la que usaban los pastores: la tela era paño grosero de color ceniciento, ceñido con cuerda, tosca también, de cáñamo. Esto es lo esencial del hábito franciscano: por lo demás, sufrió modificaciones al arbitrio de los Superiores. Siempre que el sayal fuese vil y tosco, no tuvieron importancia los detalles de hechura de la capilla, etc. Mas no dejaron de suscitarse polémicas acerca de este punto, en apariencia de tan escasa entidad; hasta el extremo de que Juan XXII tuviese que expedir una bula condenando a ciertos frailes de Narbona, que se empeñaban en dar forma especial a sus hábitos. En realidad, San Francisco hubo de usar hábitos de hechuras y materias diferentes, porque de limosna los recibía y de limosna los daba a cada paso, y así venían al capricho de los dadores. El hábito que vestía San Francisco cuando recibió los estigmas, y que guardaba el duque de Florencia como un tesoro, era de aquella calidad que en España se llama sayal y en Italia *panno rigato*: tenía un solo remiendo en la boca de la manga izquierda; la capilla piramidal y pegada al hábito.